

¡Cuántas noticias de violencia, de sufrimiento, de pérdida de vida se esconden en la muchedumbre de hombres y mujeres que encontramos! La tentación es no mirar al otro a la cara, no reconocer el sufrimiento que es como todo sufrimiento muy parecido a los demás y al de siempre, y es así único, porque es mío, suyo, hoy. A menudo intentamos mirar a otro lado, hacer que el sufrimiento no tenga cara, es decir, que no tenga historia, ni ojos, ni imágenes, ni la dignidad como mínimo de un espacio en las preocupaciones ajetreídas de los hombres; fácilmente nos paramos un momento, sentimos alguna emoción, emitimos fáciles sentencias y condenas, y luego continuamos con la vida de siempre, sin que el sufrimiento cambie nuestra vida. En realidad en todo sufrimiento encontramos la petición: ¡ayúdame! Sin compasión, sin pararnos el sufrimiento se convierte en espectáculo o es meramente algo indistinto; así uno termina por mirar y tener en cuenta solo su propio sufrimiento. Pero a Jesús y a sus discípulos les interesa y les importa todo dolor, toda violencia que derrama sangre, es decir, la vida de los hombres. Jesús es realmente el buen pastor. A Él le importa la vida de las ovejas. Y las víctimas son siempre tuyas: son los hermanos más pequeños de aquella víctima inocente que fue Jesús. Siempre, en todas partes y para todos.

La violencia nunca es un episodio, como el descubrimiento imprevisto de un mundo somnoliento y fácilmente olvidadizo. Es una historia, una enfermedad que parece interminable como los doce años de esta mujer. Ante el mal, Jesús no pasa de largo; no imparte lecciones; no huye de una relación personal. Y enseña a los suyos, y esta tarde estamos aquí precisamente para eso, a pararse y a hacer nuestra la pasión del otro. Esta mujer que pierde sangre, es decir, vida, es la madre África, a la que recordamos hoy en dos de sus heridas más graves, Nigeria y Kenya, íntimamente ligada a Somalia, la gran olvidada. Causas antiguas y causas nuevas han provocado en estas últimas semanas la pérdida de muchas, demasiadas, vidas humanas, de cristianos mártires, muchos de ellos atacados mientras estaban en la actitud más indefensa, la de la oración, y en el día dedicado a Dios. Es una violencia que se realiza en nombre del islam. Por desgracia, dicha reivindicación, indebida, es una vergüenza para quien lleva a cabo dichas acciones y no tiene relación alguna con el islam, en el nombre del cual pretenden cometer estas atrocidades. Sin duda hay médicos desconsiderados e improvisados que creen ver confirmados lo que son solo prejuicios e ignorancia. Estos falsos médicos empeoraban la situación de la mujer porque exponiendo a los cristianos que viven y deben vivir allí con la ilusión de defenderles en realidad siguen el juego de los criminales que quieren demostrar que es imposible vivir juntos, que hacen coincidir terror con una fe. De ese modo se corre el riesgo de responder a la violencia con violencia, al odio con odio, haciendo creer que levantar muros dará protección, en lugar de construir, con mayor convicción si cabe, los indispensables puentes.

Ignatius Kaigama, arzobispo de Jos y presidente de la conferencia episcopal, amigo de nuestra comunidad, tras un ataque de Boko Haram, dijo: "Este grupo fundamentalista no sabe nada de la sacralidad de la vida. A ellos les basta asesinar, destruir y crear una gran división entre cristianos y musulmanes. Ese es su objetivo. Hay un gran miedo porque la vida ya no es normal. No podemos reunirnos para rezar ni de día ni de noche y esa es una terrible barrera para nosotros y también para el Evangelio. El diálogo continúa, los musulmanes no quieren lo que está pasando. Tenemos que continuar manteniendo la esperanza de que el diálogo dé frutos, y hacer todo lo posible para obstaculizar las actividades de este grupo". Y tal vez la pregunta más urgente y fundamental es: ¿estamos haciendo todo lo posible y con la determinación necesaria para impedir actividades y acciones tan trágicas y peligrosas?

La indicación evangélica de amor por el enemigo tiene algo que decirnos también en estas situaciones extremas. La semilla de la guerra empieza siempre en la división y en la incapacidad de hablar amistosamente, como sucedió entre los hermanos de José, cuando lo que tiene el otro se convierte en motivo no de alegría sino de envidia, y de ahí, a la violencia. Al igual que para Caín, si no dominamos el instinto nos domina y nos lleva a buscar los sentimientos más humanos. Si crece la ofensiva y la astucia de la violencia debe crecer la inteligente y fuerte respuesta de las autoridades civiles y la de toda la comunidad nacional e internacional, para que sean abatidos los muros de incomprensión y de división y se construyan puentes aún más sólidos y seguros para todo aquel que deba atravesarlos, venga de donde venga. La guerra nunca crea la paz. La violencia nunca pone fin a la violencia. La oración de esta tarde y el trabajo por el diálogo y por la solidaridad que surge de esta oración y que de ella extrae su fuerza, consiste en pedir que termine la violencia en Kenya y en Nigeria. La oración es energía espiritual que mueve montañas y que puede interrumpir la hemorragia de vida, devolver esperanza a la madre África y a todas las mujeres que han visto cómo se perdía la vida de sus hijos, para que no sea nunca más así. Pero lo que pedimos, tenemos que elegirlo nosotros y tenemos que empezarlo en nuestra vida! Venzamos la resignación, la distancia, la poca compasión, la costumbre ante el sufrimiento de los demás, la tentación de levantar muros, la ignorancia, para no rendirnos, para buscar la curación que es la paz y trabajar para que esta llegue.